

# [Cuestión de estrategias]

Dicen que una vez había un ciego sentado en la vereda, con una gorra a sus pies y un pedazo de madera que, escrito con tiza blanca, decía:

**"POR FAVOR AYÚDEME, SOY CIEGO".**

Un creativo de publicidad, que pasaba frente a él, se detuvo y observó que sólo había unas pocas monedas en la gorra.

Sin pedirle permiso tomó el cartel, lo dio vuelta, tomó una tiza y escribió otro anuncio. Volvió a poner el pedazo de madera sobre los pies del ciego y se fue.

Por la tarde volvió a pasar frente al ciego que pedía limosna, pero esta vez su gorra estaba llena de billetes y monedas.

El ciego reconoció sus pasos y le preguntó si había sido él quien reescribió su cartel y, sobre todo, qué había puesto.

El publicista le contestó: "Nada que no sea cierto como tu anuncio, pero con otras palabras". Sonrió y siguió su camino. El ciego nunca lo supo, pero su nuevo cartel decía:

**"HOY ES PRIMAVERA Y NO PUEDO VERLA"**

*Cambiamos el modo de hacer las cosas  
cuando no nos sale algo  
y descubriremos que el éxito  
es cuestión de actitud...  
y de estrategias.*

celebramos, 150 años,  
de la vida común,



una América que cree en la  
libertad y la  
solidaridad.

Soy un niño, Señor.

Uno entre tantos millones de niños que lloran y ríen en el mundo. Mi nombre no importa, porque no lo escogí yo: me lo impusieron.

No me preguntes quién soy porque yo no tengo el derecho a ser: me hacen un poco entre todos.

¡Niño, no hagas eso! ¡Niño, haz esto!

¡¡Los niños se callan!

¡Los niños no deben molestar!

Para nosotros, los niños, sólo existe el verbo «deber»; nunca el «poder».

“¡Sería estupendo si no crecieran!”, dicen los padres.

¡Cuándo podremos ser personas, pensar, darnos un nombre propio!, soñamos nosotros.

¿Quién tiene razón, Señor?

Tú que eres el único a quien no molestan los niños -¡a

**Soy un niño, Señor...**

los apóstoles sí les molestaban!-, déjame que yo te hable y después dime quién tiene razón.

Me dicen que no se debe mentir y cuando se me escapa una verdad se enfurecen. Ayer se enfadó mucho mi padre porque dije delante de sus amigos que pegaba a mi madre.

¿Es que no es peor hacerlo que contarlo?

El se enfada cuando yo lo cuento. Yo no puedo enfadarme cuando él lo hace.

Me dicen que no está bien que me junte con «ciertos niños y al dormir me obligan a rezar al Dios que nos enseñó que todos somos iguales y hermanos.

Mamá me dice que debo parecerme a mi padre, pero mi padre roba, dice por teléfono que está enfermo para no ir al

trabajo, insulta a la chica de servicio.

Me dicen que los niños no deben pensar, opinar, llevar la contraria: “¡eso es cosa de hombres!”

Pero yo sé pensar, tengo mis gustos propios que son distintos de los de mis padres y a veces me dan ganas de gritar y de protestar.

Por ejemplo, cuando mi padre me manda callar sólo porque él no tiene ganas de hablar; cuando me obliga a ir a jugar a la calle sólo porque él quiere ver en paz la televisión.

Me dicen que no debo ver ciertas cosas porque soy un niño. Pero yo pienso que sólo si las veo ahora con los ojos limpios, podré seguir viéndolas mañana sin avergonzarme como ellos. Juegan conmigo como con un muñeco cuando tienen ganas. Si yo no tengo ganas, juegan lo mismo y encima me llaman caprichoso y antipático.

Ellos deciden siempre cuándo jugar conmigo; pero yo no puedo nunca elegir mi horario para jugar con ellos. Y cuando ellos dicen que no, yo no puedo llamarles caprichosos ni egoístas, ¡porque soy un niño!

Es difícil que te entendamos los niños, ¿verdad?

Porque tú dijiste que sólo el que se hace como un niño será amigo tuyo.

Pero todos los que yo conozco que dicen que te aman y que creen en ti y que te rezan, no sólo no quieren ser como los niños, sino que nos impiden a nosotros el serlo.

Sí, porque nos impiden ser espontáneos; nos obligan a mentir, nos niegan la posibilidad de crear la gran familia de todos, nos obligan a vivir las normas de la hipocresía -que ellos llaman educación-, nos obligan a decir lo que no sentimos, a hacer cosas de hombres, de «comprometidos».

Señor, ¿quién tendrá razón?

Recuerdo que un día tus padres te riñeron porque te perdiste. Y tú les respondiste que también tú tenías una vida propia, que no eras

«sólo» de ellos.

¿Por qué no vuelves a gritar a nuestros padres, a las personas mayores, a quienes nos niegan el derecho de ser nosotros mismos, que tampoco nosotros somos sólo de ellos, que no siempre lo que a ellos les gusta es lo mejor, que tenemos derecho a defender nuestra originalidad?

¿Por qué no les dices que ser niño no es un defecto, ni un pecado, ni una limitación, ni un juguete bonito para los mayores, sino más bien un valor único, irrepetible en la vida y, si acaso -tú mismo lo afirmaste-, un valor que no puede morir en nosotros y que nos debe acompañar siempre si no queremos renunciar a conocerte y a amarte?

Al menos, tú, Señor, no me digas que me calle.

¡Escúchame y respóndeme!

¡Ah!, y perdóname un pecado: a veces tengo la presunción de pensar que soy más hombre que ellos, porque me siento más libre y sé hablar con cualquiera y no me ruborizo de nada y me fío de todos y soy feliz cuando en la calle veo volar un pájaro.

Y me gusta comer pan solo.

JUAN ARIAS, *Oración desnuda.*

*“Dígale a los nuestros cuánto los amo siempre y cuanto me agrada presentarlos todos los días*

*San Miguel, el maestro,*

*nos enseña:*

*as varias veces a Nuestro Señor como los niños de su Corazón diciendo:*

**«Señor, nadie es Padre como Tú,  
allí están tus hijos,  
los hijos de tu Corazón»**

